

por el acento en lugar de la cantidad de los poetas griegos y romanos. En este sentido creo que Gabriel y Galán y Ricardo León nos han trazado en estos últimos tiempos la verdadera ruta que deben seguir cuantos quieran decir algo y escribir bien en nuestro patrio idioma; el primero, buscando su inspiración en la naturaleza, tal como es, nada falseada por el hombre; y el segundo, procurando embeber la esencia de nuestros místicos, novelistas y poetas de los áureos siglos XVI y XVII, y remodelarla en el más libre y armonioso troquel clausular moderno.

Además, creo que en una nueva edición no le sería difícil al señor Renjifo identificar algunas de las composiciones del *Devocionario poético* de Agustín Príncipe.

Por último, en la sección *Episodios eucarísticos*, en la que por cierto he hallado uno muy interesante de mi querido colomboño y correligionario el P. Pedro Favo, he visto otro no menos bello, *Tarsicio*, del mismo autor del *Florilegio* (1), pero he observado también que, por error muy disculpable en la pronunciación americana, o quizá de caja, se ha puesto *Tarcisio*.

Y dispensándome el señor Renjifo estas observaciones insignificantes, dígnese recibir mis más desinteresados, fervorosos y sinceros aplausos.

P. M. VELEZ
Agustino

(De *La Unión* de Lima).

EN VENEZUELA

(Fragmentos de unos *Recuerdos de viajes*)

El 10 de enero de 1904 llegué a bordo del vapor *Barquisimeto* a Puerto Cabello, a las cinco y media de la madrugada.

Puerto Cabello es, después de Guayaquil, la ciudad más linda que conozco. Tiene en la espaciosa calle del

(1) Este episodio es del P. Enrique Lafosen, S. J.—*Nota de Segadores*.

frente casas altas y de elegantes fachadas de un lado y el mar por otro; de la orilla misma de la calle se sube a la escala de los grandes vapores, y nunca faltan tres o cuatro en el puerto. Al frente se divisa el histórico e imponente castillo.

Tiene Puerto Cabello extraordinaria vida comercial y afluencia constante de viajeros; de ahí parte para Caracas el *Gran Ferrocarril de Venezuela*, hecho en la presidencia de Guzmán Blanco. La estación es quizá la mejor y más cómoda que he visitado. Las calles son anchas, con espaciosos enlosados, muchos de ellos de mármol. En la plaza principal hay un hermoso monumento a *La Federación*.

De Puerto Cabello seguí en tren hasta Valencia, en la mañana del 12. Del camino que conduce a Valencia, hablaré cuando recuerde mi regreso en octubre de ese año. La vía férrea va paralela a la carretera, y tiene hasta Caracas ochenta y tres túneles, uno de ellos de setecientos metros de largo. Pasa por Vigirima, Las Trincheras y Bárbula, lugares sagrados a todo corazón patriota, y en todos los cuales me detuve a mi vuelta.

Valencia, capital del estado soberano de Carabobo, debiera, en justicia, ser la capital de Venezuela, por su situación topográfica, la elegancia de sus edificios, sus iglesias, y, sobre todo, por sus recuerdos históricos gloriosos. Allí murió, alanceado por Boves, mi bisabuelo don Fernando Párraga; allí se casó el general José María Ortega con la heroína de Venezuela, doña Mercedes, hija de aquél; allí fue el cuartel general de Bolívar.

En el centro de la plaza, donde hay un magnífico parque, se levanta una columna de mármol blanco, con la estatua del Libertador en la cúspide. Es un monumento de mal gusto, porque no hay proporción entre la altura de la columna y el exiguo tamaño de la figura. Hay una buena estatua de Villapol y otra de Páez.

En la iglesia parroquial, situada en el costado norte de la plaza de Bolívar, hacia el lado de la epístola, y casi al pie del púlpito, hay una lápida de mármol blanco que cubre los restos de mi tatarabuelo materno:



D. BALTASAR HIDALGO Y VELASCO

HIJO DE PADRES ESPAÑOLES

NACIÓ EN LISBOA EL 21 DE JUNIO DE 1715

MURIÓ EN ESTA CIUDAD DE VALENCIA EL 21 DE JUNIO
DE 1805

La esposa de don Fernando Párraga se llamó María de Jesús Hidalgo.

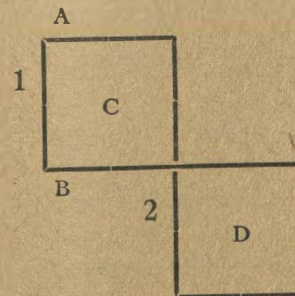
Llegué a Valencia el 12 de enero, a las 11 de la mañana. Ese día visité la mayor parte de la ciudad, y estuve averiguando qué quedaba de la familia Párraga. Supe que seis meses antes había muerto una doña Amalia, viuda de un señor Castillo, y que su hija única, Mercedes, casada con el comerciante alemán Carlos Schrader (católico), era lo único que restaba de mi familia. Esa noche me le presenté, y ella y su marido me acogieron cariñosos y me invitaron a almorzar al día siguiente. Según lo que me dijo Mercedes, era nieta de otro don Fernando, único Párraga que no vino a Nueva Granada después de la guerra magna.

En la vía que sigue a Caracas, la carrilera pasa costeando el bellissimo lago de Valencia, y después por San Mateo. El sitio donde Ricaurte se sacrificó, está a una legua del pueblo, y todavía existen las ruinas que dejó la explosión. Al lado de ellas se ha erigido un monumento con la estatua del héroe. Pasé también por La Victoria, célebre por la tremenda batalla que libró ahí el mariscal Rivas. En la guerra que acababa de terminar en Venezuela, y que dio a Castro el poder, se había librado en la misma ciudad un combate que duró catorce días, por el mismo tiempo en que se peleó durante diecisiete en *Palonegro*.

Caracas, capital de los Estados Unidos de Venezuela, es una ciudad de unos setenta mil habitantes, esencialmente alegre y pintoresca, aunque le falta el sello peculiar de ciudad: edificios antiguos, la huella de tradiciones seculares. Destruída totalmente por un terre-

moto en 1812, fue reedificada como se hizo más tarde con Cúcuta, ampliando las calles y construyendo bajas la mayor parte de las casas. Por supuesto que las hay altas y muy buenas, y palacios magníficos, como el de Santa Inés y el de Miraflores, construídos por el general Crespo, y la histórica *Casa amarilla*, donde están la gobernación del distrito federal y las principales oficinas de gobierno. El palacio presidencial lo trasladó Castro a Miraflores.

Esta residencia está comunicada con la de Santa Inés por un pasadizo subterráneo, iluminado con luz eléctrica. Del vestíbulo de Miraflores, que está situado en una pequeña colina de la falda del Avila, páрте una calle que, al llegar frente a la estación del ferrocarril, en vez de bajar, sigue por un viaducto sostenido por arcos de hierro que atraviesa a muchos metros de altura, la ancha avenida de Santa Inés, principal entrada de la ciudad. Por debajo de aquellos arcos pasan los tranvías, coches, etc. Desde el puente se divisa toda la parte baja de la población y la gran sabana que la rodea.



El anterior croquis indica la posición de las dos plazas principales, que están, como se ve, unidas por uno de sus ángulos. La plaza de Bolívar (1), en que se halla la catedral, tiene un lindo parquecito de árboles frutales, con la estatua ecuestre del Libertador en el centro (C). La catedral, muy inferior a las de Bogotá y Quito (A), está exactamente al oriente, y en esa misma dirección arranca la calle real. Inmediatamente, sobre el mis-

mo atrio y hacia el sur, está el palacio arzobispal. Frente a la iglesia, en el punto marcado B, se halla la *Casa amarilla*, de que ya hablé, y cuya primera piedra fue puesta por el Libertador, después del famoso terremoto. Páez la bautizó con el nombre mencionado, para imitar la denominación del palacio presidencial de la ciudad de Washington.

La plaza de *La Federación* (2), abierta por Guzmán Blanco, derribando una manzana, tiene en el centro el capitolio (D), que es circular y coronado por una cúpula. La planta baja del edificio, que tiene tres pisos, está atravesada por dos calles, que se cruzan en ángulo recto. En el primer piso está el salón del senado; en el segundo, la cámara de diputados, y en el tercero, el salón elíptico (llamado así por su forma), con los retratos de todos los presidentes de Venezuela, otros cuadros históricos de mérito y una galería en que están en pequeño todas las estatuas que existen en la república.

De la esquina noroeste de la calle de *La Federación* parte hacia el norte la calle del *Panteón*, que sube al cerro del Avila y, pasando por el Panteón nacional, conduce al hospital. Este es magnífico, muy superior al nuestro de San Juan Dios, y está adornado con la estatua de su fundador el doctor Vargas, eminente médico venezolano. El Panteón nacional es un templo espléndido, donde están los sepulcros de Bolívar, Miranda, Páez, los Monagas, etc. La tumba de Guzmán Blanco, erigida por el mismo, estaba todavía vacía, pues los restos del dictador aún descansaban en París, donde murió. Esta iglesia está casi siempre cerrada, y yo pude conocerla aprovechando la visita que le hizo un ministro francés recién llegado.

Hay en Caracas buenas iglesias, especialmente la Santa Capilla, donde se adora perpetuamente a *Nuestro Amo*, y las de San José, Santa Ana y Santa Teresa, Altagracia, Santa Rosalía, María Auxiliadora, Las Mercedes, etc.

El punto más pintoresco de la ciudad es el paseo del Calvario—algo como nuestro paseo Bolívar, antigua Aguanueva,—que rodea el sur de la población. A uno y otro lado hay varias estatuas, entre ellas la de Colón, de tamaño heroico, la de Sucre y la de Páez a caballo. En las distintas plazas de la ciudad están Miranda, los dos Monagas, un grupo de Ricaurte y Girardot, Rivas, Falcón, Mariño, Urdaneta y algunos dos o tres de la época de la federación, entre ellos don Antonio Leocadio Guzmán. De don Andrés Bello, el venezolano más ilustre después de Bolívar, sólo existe un busto en el patio de la universidad. En la plaza de Caracas, en los arrabales de la ciudad, está la estatua del Indio Caracas, jefe de la tribu que existía allí a tiempo de la conquista. Dice la tradición, aunque no hay constancia histórica, que está colocada en el mismo punto donde el cacique fue decapitado.

La nomenclatura de las calles de Caracas es totalmente distinta de la de otros lugares. Todas las esquinas tienen nombre, y para dar señas se mencionan las dos inmediatas. Yo, verbigracia, estuve alojado en el número 15, entre la Casa Amarilla y el Padre Sierra. Al terminar una cuadra, vuelve a empezar la numeración.

A los pocos días después de mi llegada a Caracas, fui a conocer el famoso ferrocarril de La Guaira. Desde el punto llamado El Boquerón, situado en la cumbre del Avila, se divisan, por un lado, el valle de Caracas y diez o doce poblaciones; por el otro, el mar, la lindísima poblacioncita llamada Maiquetía, y un poco a la derecha, La Guaira, ciudad que se compone de dos iglesias, la aduana, el resguardo, la estación del ferrocarril y varios hoteles, todos malos, todos caros, repletos siempre de pasajeros que jamás permanecen veinticuatro horas; un cementerio rodeado de gruesas paredes de piedra bruta, donde no entierran a nadie, porque a los pobres los sepultan junto a la casucha donde mueren, y a los ricos se los llevan a Caracas. Respaldan

La Guaira, el magnífico castillo con torres de estilo morisco, erizadas de cañones, y un cerro cortado a pico y cubierto, no obstante eso, de casitas: parece increíble que aquella pobre gente pueda subir hasta ellas.

Párte del Boquerón, a la izquierda del viajero que va a La Guaira, el camino carretero, desarrollado en enormes curvas, y adornado de pintorescas quintas de recreo; a la derecha, el ferrocarril que, saliendo de la negra boca de un túnel, no baja sino que se precipita, se despeña sobre el mar, que se estrella a sus pies contra una roca perpendicular elevadísima. En la parte alta de esa roca está tallado, a cincel, en la piedra, un trozo de la vía férrea, de modo que los carros casi tocan por una parte la peña, y por la otra se inclinan sobre el borde del abismo. De repente se desprende un viaducto de un cerro a otro, y luego el tren se interna entre bosques de árboles gigantescos que oscurecen el camino. Pasa sobre el pueblo de Maiquetía, por sobre altísimas columnas de hierro, repasa el río por otro puente tendido de cumbre a cumbre, y después de describir una curva enorme, toca las calles de la población. Después, en línea recta, por la orilla del mar, llega a La Guaira.

Un día, a fines de mayo, me embarqué en la bahía de Irapa, a las seis de la tarde, en la balandra *San Vicente*, que zarpó para Zoro. El mar estaba tranquilo y el cielo azul y limpio de nubes; el viento soplabá de tierra, y la balandra salió del puerto airoosamente. Se embarcaron conmigo un francés llamado Augusto Leras y un venezolano de nombre Segundo Correa. Como a las seis y media el patrón, que era tuerto y se llamaba Indalecio, miró el horizonte hacia el oeste, donde se divisaba una nubecita que en un minuto se agrandó hasta la mitad del cielo, y dijo: "Vamos a tener borrasca, y de las gordas. ¡Abajo las velas!" El viento no había arreciado y soplabá en la misma dirección; la nube siguió creciendo, y a las siete era tal la oscuri-

dad, que no nos veíamos las manos; empezaron a sonar truenos sordos y lejanos, y el mar comenzó a encrespase, lo que comprendíamos por el movimiento del barco; la estela que dejaba la quilla parecía iluminada con luz eléctrica, así como unos chorros que salían de golpe del mar y se apagaban un momento después. Arrojé al agua un tornillo grande que tenía entre el bolsillo, y al caer formó un círculo fosforecente como de tres metros de diámetro; la brisa nos traía un fuerte olor a azufre. "¡Abajo los mástiles!", dijo Indalecio, "y los pasajeros agárrense bien; pero no hay cuidado, que peores las he visto."

Aquella fue la señal: un rayo invertido, que salió del mar y subió hacia el cielo, a unos cincuenta metros de nosotros, fue como el primer disparo de una batalla; nos acostamos en el fondo, metiéndonos debajo de una vela y sentíamos encima de ella los chorros de agua y los traquidos de la tablazón del buque. A veces comprendíamos, por el estruendo, que una ola había pasado por encima de nosotros.

Esto duró próximamente hasta media noche. De repente experimentamos un choque violento; Leras se pegó en la cabeza y se descalabró; la balandra quedó en quietud absoluta; la tempestad casi había cesado y las olas sólo golpeaban la popa; la lluvia empezó a ceder.

Correa se atrevió a sacar la cara y oyó lo que hablaban los marineros. La balandra estaba clavada entre la arena de la costa; en la arena, por la misericordia de Dios, que si hubiera sido el choque contra una peña, no existiría de nuestros cuerpos sino el recuerdo.

Asomó la luna por la cresta de las olas, que iban amansándose, y el cielo, azul por completo, se cubrió de millares de estrellas. El patrón, los marineros y nosotros nos arrodillamos y rezamos con fervor, bendiciendo al Cielo que nos había librado de la muerte. A la derecha se veían algunas luces: era Zoro, a una quinceana de cuadras al oriente.

En la tarde del 21 de junio, pasé el Orinoco en Angostura a bordo del vapor *Emilia*, y en Soledad comí, y supe que a las siete de la noche salían dos carros casi vacíos en dirección de la hacienda de *Los Morocho*s, para cuyo dueño, señor Cipriano Valencia, llevaba yo una carta de recomendación del ilustrado médico de Ciudad Bolívar, doctor Castro. Uno de los carreteros quedó de llevarme por un bolívar. El carro tenía por todo cargamento unas toldas, que habían encargado para la hacienda; de modo que con una cobija que llevaba, tenía excelente cama.

Después de haber comprado algunos víveres, carne fría, salmón, pan y huevos cocidos, partimos a las siete, y pasé por cierto la noche más exquisita que imaginarse puede. El suelo absolutamente plano y cubierto de espesa grama; el carro bien resortado y al lento y perezoso paso de los bueyes; el aire tibio y perfumado de las espléndidas noches del llano; y todo esto con la perspectiva de llegar a una casa hospitalaria.

A las cuatro de la mañana parámos en una venta, que estaba ya abierta; nos comimos las provisiones que habíamos llevado y una taza de café hirviendo. En el llano, como en el mar, se levanta el sol muy temprano. ¡Qué espectáculo aquél! El cielo limpio donde se iban apagando las estrellas; la luna plateada en forma de herradura; el sol, como una bola de fuego, alumbrando el paisaje con todos los colores conocidos; ceibas, cauchos, palmas de varias clases, cámbulos y acacias cubiertos de flores rojas, naranjos y mangos cuajados de doradas frutas. El oído goza quizá más que la vista, con los millones de pájaros que cantan, las voces de los monos, guacamayos, loros, pericos, el mugir de centenares de reses, el canto de los gallos; un pavo real en el caballete de la casa, con su espléndida cola en abanico, que recibía de lleno los rayos del sol naciente, saludaba con su destemplado grito la aurora, y en la tienda cantaban los llaneros sus interminables galerones.

El río Cantaura, en cuya orilla estábamos y que no corre sino que se arrastra, reflejaba en sus clarísimas aguas las bellezas del día que llegaba, y de la noche que se iba.

Pasámos un hermoso puente y entrando por una ancha portada ojiva, sobre la cual hay una estatua de bronce del Sagrado Corazón de María, penetrámos en una enorme corraleja donde había unas sesenta vacas, que ya habían sido ordeñadas, y dos enormes toros de raza Durham que nos miraron, no sé si con bondad o con lástima.

En el fondo de la corraleja está la casa, que es baja: el corredor, ancho y cubierto a cuadros con pieles de diversos animales salvajes, está a unos dos metros del suelo y tiene al frente una baranda calada de hierro; se sube a él por unas gradas de piedra en el centro; la pared está pintada con frescos, hechos por un notable artista cubano, y que representan paisajes del llano; en los claros de columna a columna, jaulas con arrendajos, toches, turpiales y otras aves cantoras que sólo se encuentran en esos climas. Ese corredor da por fuera vuelta a la casa, que tiene unos veinte metros por lado.

Encontré, al apearme, al dueño de la casa, vestido de camisa y pantalón de lienzo ordinario, con alpargatas y una gran corroscá en la cabeza, que estaba con unas tijeras valonando un burro. Me saludó con atención, y al leer la carta que le entregué, me invitó a entrar, diciéndome que el doctor Castro les había salvado la vida a dos de sus hijas, y que él estaba solo en la hacienda; que por consiguiente le hacía un señalado servicio en acompañarlo todo el tiempo que yo quisiera.

Recuerdo a Valencia como si ayer lo hubiera visto: bajo de cuerpo y muy gordo, con ojos azules, cara fresca y sonrosada completamente afeitada y cabello cortado al rape, y blanco como piel de armiño.

Entré: en la sala seis mecedoras de mimbre, una ancha hamaca de lino, dos consolas de *capaya*, primorosamente talladas; en una de ellas, una imagen de bulto

de Nuestra Señora de los Dolores; en la otra, un mico disecado, sentado en una sillita de madera, con anteojos y una pipa en la boca. Había un estante de vidrieras lleno de libros, muchos de ellos piadosos y algunas novelas escogidas. En las paredes retratos al óleo de los antepasados y un buen cuadro, de escuela italiana, que representaba la muerte del Patriarca San José. El techo de listones de madera y el suelo cubierto con una esterilla semejante a las nuéstras de chingalé.

Instalado que estuve, me dejó solo unos minutos y volvió seguido de un negrito que me dio un tazón de leche con plátano asado. Después lo informé de quién era yo, y sin pedirme más referencias que la carta del doctor Castro, me reiteró la súplica de que permaneciera unos días con él.

Hasta la mañana del 26 estuve mimado, atendido, sin faltarme nada y sobrándome todo: comida exquisita, cama, lectura, libertad absoluta, cigarros, baño, paseos a caballo, conversación amenísima.

Don Cipriano era, además del más caritativo de los hombres, un repertorio inagotable de cuentos y de interesantísimas historias. Hijo único de un andaluz acaudalado, que acabó de enriquecerse con el negocio de ganado, y de una llanera, hija de uno de los compañeros de Páez, pasó sus primeros años en España, a donde lo envió su padre, y muerto éste vino a cuidar su hacienda, y más que todo, a su madre y a su ilustre abuelo. Se casó, enviudó y se dedicó en cuerpo y alma al trabajo del campo, a la cristiana educación de sus hijos y al bién de la humanidad.

En el mes de julio de 1906, dos años largos después, estando yo en el hospital de Guayaquil, una hermana de la caridad, llamada Sor Luisa María, natural de Ciudad Bolívar y a quien yo le había hablado de aquel patriarca, me llamó para mostrarme un recorte de *El Pre-gonero*, de Caracas, en que se daba cuenta de que en la hacienda de Los Morochos, vecindario de la ciudad de Pao, en los llanos de Aragua, un muchacho de catorce

años, llamado Ignacio Valencia, había asesinado, de dos puñaladas, a su abuelo don Cipriano Valencia, robándole 10,000 dólares y unas alhajas. El angelito fue aprehendido en Ciudad Bolívar y fusilado, sin fórmula de juicio, por orden del presidente de Estado. Añadía el periódico que, aunque era enemigo de la pena de muerte, no podía menos de aplaudir, en este caso, la actitud del ciudadano presidente del Estado de Guayana.

El recuerdo agradecido de don Cipriano Valencia no se borrará jamás de mi memoria.

IGNACIO CARRASQUILLA

GRADOS

Don Manuel Alberto Alvarado, oriundo de la ciudad de Zipaquirá, en el departamento de Cundinamarca, estudió humanidades en el Seminario Conciliar de Bogotá, y pasó a cursar filosofía y después jurisprudencia, en el Colegio del Rosario, donde ganó por oposición una colegiatura de número, y alcanzó el cargo de inspector. Al entrar a derecho, no descuidó la filosofía, y así pudo presentar en la primera parte de la tesis, titulada *Responsabilidad penal*, un compendio muy bien hecho de la ética general de Santo Tomás. El examen final se verificó el sábado 11 de setiembre. Al oírle al graduando la parte de su disertación que eligió para que fuera conocida de los concurrentes, nos confirmamos en el concepto que habíamos formado en las aulas: Alvarado sabe leer y escribir.

El día 16 del mes citado, se graduó en filosofía y letras el colegial don Antonio María Barriga Villalba, bogotano, secretario actual del Colegio y preparador de física y química. A adelantar en el estudio de estas ciencias y en el de las matemáticas aplicadas, consagró